

¿Qué debemos hacer los anarquistas?

I-

Estamos ante el caos. En la Argentina poco falta para que nos lancemos unos contra otros con los afilados dientes de lo irracional. Inmoralidad de los gobernantes – jamás vivida aquí, con tanta desvergüenza y eso que se trata de militares “sanmartinianos”– que para defender el privilegio recurren al garrote; desorientación en la gente pensante del país, y en una negra historia actual y un negro futuro hecho de crimen, torturas, mentiras, miedo, terror.

Las leyes que nos rigen son la ley del revólver, la ley de la picana, la ley del puntapié a los riñones, la ley de la coima, de la defraudación, de la estafa. La burla. El presidente Lanusse habla de la defensa del “tradicional modo de vivir de los argentinos”. Ese tradicional modo de vida impuesto por Lanusse, por Levingston, por Onganía, es la tortura hasta a las mujeres embarazadas, el encarcelamiento de abogados, de allanamientos sin ningún pudor, las bandas armadas denominadas “organismos parapoliciales”, la desaparición de seres humanos que no es otra cosa que el crimen frío, el asesinato cobarde, la escoria, la moral humana ensorbecida y dueña del destino de los demás: la “brigada antiguerrillera” en Mendoza fue un ejemplo digno de lo que puede ser la entrega del poder a las bestias (escupitajos a la gente, puntapiés a las maestras, rodillazos y trompis a los peatones que iban al trabajo). La bajeza, la alevosía, la canallada, la vileza. Todo uniformado, todo pagado por el pueblo. Un masoquismo mesiánico. La masa paga para que el Estado le pegue, la castigue, la degrade hasta los extremos más abominables.

Y ante todos estos hechos todo el mundo habla contra la violencia. Todos cacarean que están contra la violencia. Las entidades más “representativas”, todos los políticos y todos los “personajones” que viven de la teta del Estado se creyeron en la obligación de salir a fijar sus puntos de vista contra la violencia. El Estado en ridículas frases por radio, por televisión, en millones de pesos en propaganda en diarios y revistas, quiere convencernos que la violencia es una cosa muy fea y que está muy mal ejercitarla. La violencia solo puede ser patrimonio del Estado, es decir de los que están arriba, de los que oficialmente tienen las armas y el látigo y por sobre todo, el dinero.

Esta es la situación en la Argentina. Pero los anarquistas no nos podemos contentar con decir: es el resultado lógico de la lucha de los que están arriba y de aquellos que están abajo quieren apoderarse del poder. En el momento actual no podemos ser meros espectadores. No podemos tampoco pasar todo el tiempo cacareando contra la violencia. No.

No. Que quede claro. Los anarquistas estamos absolutamente contra la violencia irracional. ¿Por qué? Porque precisamente nuestra única arma es la razón, el raciocinio. Queremos llegar a la liberación del hombre y los caminos hacia esa liberación solo se pueden llamar: el saber, la ciencia, el arte, el estudio, la lógica, la eliminación de todos los mitos, el diálogo, el respeto absoluto por la individualidad y la naturaleza. Y no son armas impotentes, son las únicas armas para llegar a la libertad y la comprensión de lo universal.

Pero ojo, que nadie se equivoque. Que los anarquistas, que los libertarios estén contra la violencia no quiere decir que se lo van a pasar deshojando margaritas mientras ven que en la vereda de enfrente los hombres de botas pisotean el vergel que es patrimonio de todos, producto del trabajo de todos.

¡No olvidarse! Precisamente nosotros, los que vivimos en tierra argentina, tenemos el ejemplo de dos héroes, de dos auténticos héroes anarquistas absolutamente enemigos de la violencia que recurrieron a ella para impedir que los chacales terminaran con su orgía de sangre segando la vida de los trabajadores: se llamaron Simón Radowitzky y Kurt Gustav Wilckens. Dos almas absoluta y típicamente tolstoianas. Dos hombres que no pisaban el suelo para no matar insectos, las células más pequeñas de todo esto tan maravillosos que se llama vida, naturaleza. Y estos dos hombres puros, mansos, recurrieron a la bomba, como cuando Jesús recurrió al látigo para echar a los mercaderes del templo.

Cuando Wilckens y Radowitzky hicieron estallar la dinamita de su incontenible ira, el Estado de aquel tiempo, los notables de aquella época cacarearon sus ridículas frases hechas contra la violencia.

Pero nadie se mintió. Nadie. Todos sonrieron admirando a los dos héroes que habían usado de la violencia como último recurso.

Ese es el mandato que debemos tener como norma los anarquistas. Los que

creemos que la libertad solo puede ser dignidad del hombre. Por eso nosotros no podemos quedar como meros espectadores ni repudiar gratuitamente a la violencia para hacerle el juego a los ladrones de uniforme que se apoderaron del poder a punta de pistola en ese antro delictivo que se llama Casa Rosada.

No estamos ni con el ERP, ni con el FAL, ni con FAR, ni con el FAP ni mucho menos con los montoneros. Pero esto no lo decimos para quedar bien con la policía ni para que nos dejen publicar sin dificultades a "La Protesta". No estamos con ellos así como los marineros de Kronstadt no estuvieron ni con Trotsky ni con Lenin ni con Stalin, y así como en España no estuvimos ni con Negrin ni con el embajador soviético. A pesar de que los marineros de Kronstadt estuvieron contra el zar, y a pesar de que los milicianos anarquistas estuvieron contra Franco.

Si estamos contra la opresión del Estado, si estamos por la liberación del hombre, no podemos estar con los que aspiren a tomar el poder. No nos podemos engañar. Cuando ellos lleguen a lo que aspiran las primeras víctimas serán los anarquistas, porque se negarán una y otra vez a soportar la esclavitud del Estado.

Pero volvamos a repetir, en esta lucha de los poderoso contra los que aspiren al poder, llámense políticos, guerrilleros, golpistas, emisarios de Madrid, los anarquistas no pueden quedarse neutrales, no pueden ser los espectadores de una película sin fin de vigilantes y ladrones. Porque allí siempre se pierde uno solo, al hombre.

¿Y cuál debe ser nuestra acción? De todos los días. Silenciosa, pero no por eso rehuirle al bulto a nuestra misión. Debemos ser los hombres que impulsen grandes movimientos de protesta, debemos ser los educadores de aquellos que no saben que el hombre para ser digno debe ser libre, no un mero objeto de uniformes y de leyes tramposas. La acción de los anarquistas está en la educación. Nuestras ideas son las ideas de la sabiduría. Nuestra filosofía llega a lo que aspiraron los pueblos de todas las épocas: la libertad. ¿Qué duda nos cabe entonces? Enseñarlas pues. Hoy tenemos solo una hoja, solo una casa, solo un orador. A duplicarlo mañana, como lo hacían nuestros compañeros, que lucharon todas sus vidas. Nos alientan los movimientos de jóvenes en Europa. En las Universidades de Alemania, de Francia, de Inglaterra, en los claustros de la cultura el único tema es la descentralización del poder para llegar a la libertad del individuo. No estamos solos, el progreso está con nosotros.

A enseñar, a sembrar. Ese es el camino. A tener una conducta diaria pero eso sí,

si quieren doblegar nuestra dignidad, si quieren hacernos callar con palos o con rejas, entonces debemos imitar a nuestros queridos e inolvidables héroes. Imitar a Kurt y a Simón. Porque más vale morir por la dignidad que besar a los pies de las bestias.

II-

Nadie se puede escapar en este mundo a sus responsabilidades. La Historia es una vieja desdentada que no deja pasar nada por alto. Los señores Lanusse y Mor Roig se hacen los desentendidos de las torturas que a diario se comenten contra detenidos políticos y comunes. Pero la Historia lo anota. Ahora podrán decir que ignoran tales hechos, que no saben que se aplica la picana eléctrica, que se desfiguran rostros a gomazos, que se destrozan vientres a patadas. Podrán decirlo pero no podrán rehuir el juicio de la Historia. Dentro de diez, veinte años, de cincuenta, la era Lanusse-Mor Roig pasará como la época de las torturas. Y los que tendrán que avergonzarse serán los hijos y los nietos de Lanusse y Mor Roig de que ellos permitieron o dejaron hacer o, dejaron la cancha libre, para el sadismo organizado en uniformes. La más grande de las cobardías humanas: el pegar, el torturar a seres indefensos, atados, sojuzgados, disminuidos. La presidencia de Lanusse será la presidencia de las torturas, la presidencia donde había un ministro del Interior, el señor Arturo Mor Roig para quien la libertad individual no tenía ninguna importancia, donde la libertad se escribe con minúscula, donde no existe. Donde una idea humanista vale menos que las jinetas de un cabo de policía o de un cabo del Segundo Ejército, ese donde comandaba el general Sanchez Berdugo (exactamente así se llamaba el general fusilado en Rosario, se puede ver en los avisos fúnebres del día siguiente a su muerte. Hasta el grado de coronel firmaba siempre con doble apellido, Sánchez Berdugo, luego, como si fuera una premonición se conformó con firmar solamente Sánchez).

Se tortura, se pega, se desnuda, se viola, se garrotea, se dan gomazos, se asesina directamente y legalmente. Esa es la Argentina de hoy de Lanusse y Mor Roig.

De nada sirve que Lanusse repita como un sonsonete que él estuvo preso en Río Gallegos y que cada vez que le gritan en la cara que bajo su gobierno, los organismos represivos que están a sus órdenes torturan a sus conciudadanos, diga con tono lacrimoso que él también sufrió cárcel y manoseo. Porque no es ninguna tesis feliz aquella que porque a mí me torturaron yo también torturo. Además, que todo el mundo sabe que a Lanusse, estando en la cárcel, le llegaba todos los días la comida

especial preparada afuera por una familia a la que después ni siquiera fue a agradecerle. Pero esto que ocurre bajo el régimen de este hombre de gorra y botas que se llama Lanusse y de su jesuítico sacristán Mor Roig es de una tristeza y de una indignidad propia de las bestias. Es cosa de bestias, no podemos emplear otras palabras. Se tortura y se mata. Y aquí, señores, no pasa nada: los asesinos ríen cada vez que aparece una denuncia, Mor Roig disminuye la importancia de lo ocurrido y dobla un poquito más su blanda columna vertebral ante los milicos. Su alma pareciera la de un muñequito lascivo que corre a encerrarse en el retrete para masturbarse con las noticias de que a una detenida le han metido picana en la vagina o en el ano.

Y Lanusse con su aire de señorón aristócrata de segunda mano, de capanga de un país manoseado y burlado, se hace el tonto y repita una y otra vez: a mí también me metieron preso, a mí también me detuvieron. Esa es toda su filosofía, las conclusiones a que puede arribar su cerebro de milico argentino.

¿Acaso alguien nos puede reprochar a los que estamos diciendo luego de lo que ocurrió al obrero de Peugeot Juan Alfredo Iachoeski, que fue detenido por la policía y reventado a golpes acusado de un delito que no cometió? Reventado a golpes. Todo el mundo sabe quiénes son los asesinos. Menos Lanusse y Mor Roig. Pero la Historia lo sabe y sabe que en resumidas cuentas son los responsables precisamente ellos dos: Lanusse y Mor Roig. Que pasarán a la historia precisamente no por el fraude patriótico que están investigando y que no les sale todavía sino por las torturas y la más absoluta negación de las libertades individuales.

¿Acaso nos equivocamos en esta acusación cuando estamos ante el hecho de esas dos víctimas que fueron halladas cremadas en una camioneta incendiada, que tenían un balazo en la nuca cada uno? ¿Nos queda alguna duda de quienes son los responsables si los deudos dijeron que la policía los había detenido horas antes y luego los mismos deudos guardaban un aterrado silencio ante las preguntas de los periodistas, evidentemente porque habían sido avisados de que no debían hablar?

Sabíamos que Mor Roig era un viejo admirador del asesino Francisco Franco pero no nos resignábamos a creer que durante su triste misión política se manejara con el mismo desprecio de lo humano que ese triste y decrepito "caudillo" cargado de crímenes, de sombras, de irracionalidades.

Dos seres humanos, detenidos, torturados, asesinados de un tiro en la nuca y

quemados. Eso ocurre en la Argentina de Lanusse y Mor Roig, en la Argentina de los negociados del almirante Varela, del capitán de navío Guillermo Rawson, del almirante Pedro Gnavi; en la Argentina del Prode, del ministro Manrique que en la euforia de su demagogia estúpida y ridícula comete la extrema cobardía de avergonzar a un pobre boliviano ante las cámaras de televisión.

Esa es la Argentina actual. La Argentina de las torturas de los negociados de la vergüenza. La Argentina de Lanusse y Mor Roig.

Por Oswaldo Bayer, inédito desde 1972 y publicado en 2014 en ¿Qué debemos hacer los anarquistas? y otros textos. 1a ed, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ed. Quadrata.